REAL ACADEMIA

Personajes

MENDIGO

Se nos aparece el clásico MENDIGO *madrileño de estos tiempos monárquicos y socialistas. Es decir: su edad frisa en la cincuentena y su vestimenta no es, como en los viejos y clásicos tiempos, andrajosa, sino más bien aparente con el sello inconfundible de los grandes almacenes emblemáticos de la era consumista, aunque, por supuesto, ya un tanto ajados. Pero el tío mantiene su porte y su presencia. No lejos de él están todavía los buenos tiempos, los ingresos fijos, quizás la nómina en empresa que fue a la quiebra o a la disolución merced a las facilidades otorgadas por el régimen de Juan Carlos I. En suma, estamos ante el mendigo neófito, el mendigo bien institucionalizado, no perseguido por las fuerzas del orden. El mendigo, en fin, de eso que llaman los imbéciles la «sociedad del bienestar».*

El tal mendigo, que no es tampoco feo del todo, que tiene cierta arrogancia, ha dejado en el suelo la ya clásica mochila en la que lleva heterogéneas sustancias, y luego de otear el horizonte con una mirada aguda de cormorán o alcatraz, se da la vuelta como un orondo pavo real y, sin mas preámbulos, se pone a orinar contra la pared. Terminada la operación, se guarda la minina y se vuelve al público diciendo.

> En el Liceo me meo... *(Sonríe enseñando unos dientes de caballo.)* Sí. En el Liceo me meo... Y yo sé por qué lo digo, como más adelante iremos viendo... *(Con una sonrisa gatuna se va dando una vuelta.)* Henos aquí... *(Está mirando al público un poco como Napoleón, con la mano metida en el pecho.)* Ya hemos llegao al punto que era inevitable... El que está destinado a toda la sociedad del bienestar... *(Encarán-*

dose un poco agresivo con el público.) Del bienestar sí... Sí... Sí... Del bie-nes-tar... Sí señora, sí señor... Es el signo de los tiempos. Y yo pido... Amos, no pido, exijo, exijo, e-xi-jo... la ayuda que me corresponde... *(Y tiende la mano con solemnidad y arrogancia.)* Yo no necesito pintarme un cartel poniendo eso de que si tengo tantos hijos, si estoy enfermo y toda la leche esa... Yo soy un hombre culto. Muy culto. Y no sólo culto. Yo soy políglota. Yo domino varias lenguas. Sí señor. Varias lenguas, las lenguas que se hablan en tol territorio español. Esa pluralidad de lenguas. Así que yo puedo dar las gracias en todos esos idiomas... Verbi gratia *(Pa que vean que tampoco me es ajeno el latín.)* voy a dar a tos ustés las gracias por estar aquí, en las distintas lenguas de nuestro país. Amos p'allá: *(Va tendiendo la mano hacia el público y como cogiendo monedas.)* Muchas gracias... Moltes gracies... Muitas graças... Eskarrikasco... *(Poniéndose en jarras.)* ¿Qué tal? ¿Eh? Amos p'allá otra vez: Eskarrikasko... *(Guiña el ojo con mucha malicia.)* Es-karri-kas-ko... Moltas grasies... En el Liceo me... No... Muitas muitas graças... Ah... No deja de ser hermoso y aun gratificante poderse expresar en tanta lengua culta. Culto como es uno, porque ya se habrán ustés percatao que este que lo es y les habla ahora es persona de culta y latina parla... *(Dándose la vuelta.)* ¡Toma ésa!... A ver si nos enteramos de con quién sos estáis jugando los cuartos, dinosaurios..., que sois unos dinosaurios... *(Se mete las manos en los bolsillos y se pasea muy ceñudo, muy cejijunto, como un catedrático de la Complutense.)* C'es la vie... Sí, sí... *(Encarándose con el público de nuevo.)* ¿Que hemos venido a parar a esto? ¿Eh? ¿A esto?... A pedir limosna, sí, a pedir limosna... ¿Y qué? Pues a hacerlo bien. A hacerlo con toas las de la ley, que pa eso es uno culto y ha sío alguien... *(Tras una pausa y luego de rascarse el cogote.)*

Por cierto, que no me había presentao entoavía y tendrán ustés que disimular. El revoloteo de la lengua, la grácil volatilidad de la lengua, el dulce y discreto encanto de la lengua... ¡Que no lengua, leche!... Que no lengua, sino lenguas..., lenguassss...ssssssss..., lenguassss... *(Subrayándolo bien.)* Pues eso, que me han llevado hacia..., hacia las... las nubes. Digamos las nubes, las maravillosas nubes de esta primavera madrileña y monárquica..., no monárquica, no, socialista..., no, socialista no... Bueno..., ¿qué iba yo a decir? Se me va el santo al cielo..., el santo..., qué hermosa frase..., el santo al cielo..., y qué lengua tan divi-

na, lengua cervantina, lengua parlanchina, lengua ladina, lengua latina, tina, tina, tina, lengua liceína, en el Liceo me... *(Cada vez que dice esta frase se echa mano a la bragueta y luego se arrepiente y sonríe.)*

¿Que estábamos diciendo? Ah, sí, el santo, que se iba al cielo... Ah, ya es que tiene uno la cabeza que no se... Nunca tiene una la cabeza en su sitio con tanta lengua, como la puebla, la pobla, ¿le pobla? No la puebla, la puebla... ¡Ah, sí!... Lo que yo quería es presentarme... Porque aún no me he presentado. Vamos, no he tenido el honor de presentarme ante este amadísimo, respetadísimo, ilustrísimo público madrileño al que tanto quiero... Y voy a presentarme:

Me llamo Fabio León, Fabio... ¿Qué les parece el nombre tan, tan literario? «Estos Fabio, ay dolor que ves ahora...» Nombre castellano, como lo es el que lo so-por-ta, un servidor... Fabio León, catedrático de la Lengua, pero no en esa universidad de maleantes, ni en esa Academia que llaman de la Lengua, presidida por un autor de melodramas, sino que... vamos a ver..., *(Rascándose de nuevo el cogote.)* amos a ver, amos a ver, amos a... Catedrático de la lengua he dicho, y bien dicho está..., *(A gritos, echando verdaderas chispas por sus ojos.)* y bien dicho está... ¡Coño!... Porque ¿qué mayor cátedra que la de comediante... *(Se calla y observa el efecto que esta palabra hace en el público.)* Comediante..., he dicho comediante... *(Habla ahora casi en susurros, como estableciendo cierta complicidad.)* ¿Y es que hay algo más «catedraticio» y más lenguaraz y más culto que un comediante? Digo comediante y no digo cómico, ni tampoco digo actor. Comediante. Concepto aristotélico... *(Sorbe por la nariz.)* ¿Eh? *(Guiña de nuevo el ojo.)* Así que... ejem... decíamos ayer... *(Saca un pitillo. Lo enciende.)* Con el permiso de tan distinguida concurrencia voy a fumar un... un... No se asusten..., es un simple «ducado» hasta ahí llega mi, mi, mi transgresiva personalidad, que es la de su humilde servidor Don Fabio León, natural de Valladolid... *(Observa el efecto que hace esta palabra en el público y subraya.)* Valladolid... ¿He dicho algo? Yo creo que he dicho algo, sí... Valladolid. La cuna de la lengua castellana, lo cual es como decir la cuna de la lengua española, lo cual nos llevaría a considerarla la cuna de la lengua hispánica que se habla en tol continente americano, y que según estadísticas pues es la segunda lengua mundial, la se-gun-da, después, dicen, del inglés, y habría mucho que hablar de esto, pero, pero, constitu-

cionalista que es uno como buen castellano, tampoco desdeña las otras lenguas peninsulares que se hablan en la periferia..., *(Guiñando otra vez el ojo.)* pe-ri-fe-ria... Y me van a perdonar ahora que insista en darles las gracias de nuevo por la atención con que escuchan a este comediante de la Lengua... *(Vuelve a extender la mano y recoge las limosnas que el público, si es lo suficientemente listo, habrá de darle.)* Muchas gracias, muitas graças, moltes grasies, eskarrikasko...

Fabio León, les decía que era mi nombre, sí, y comediante de la Lengua; ojo, no equivocarse con académico de la Lengua... Ah..., y a propósito de estos últimos, deberé recordarles que mi tierra, Valladolid, no sólo fue la cuna del lenguaje castellano, sino también cuna de una alta escuela de carteristas, de tomadores del dos, de descuideros, pa decirlo to de una vez, que floreció a partir del glorioso siglo XVI, o siglo de oro, como ustés quieren llamarlo, y que si hoy ya no existe la famosa alta escuela de Monipodio..., no, de Monipodio no, que eso es sevillano, alta escuela de latrocinio..., que si hoy ya no existe, no es sólo por la emigración, sino también por la sociedad industrial y consumista que ha relegado a los ejercitantes en esa alta labor, ya me entendéis ustedes, al mundo de las finanzas, de las multinacionales, de las universidades y de las academias de la lengua propiamente dichas... ¿Me van ustedes siguiendo? *(Acercándose hacia la corbata.)* Ah, sí, sí, ya veo que me van ustedes siguiendo, y un servidor les estará siempre profundísi-mamente agradecido. *(Una vez ya en la corbata, se sienta.)* Creo que nos vamos a entender perfectamente. Lo veo en sus ojos. Son ustedes tan cultos. No hay más que verles. Se dan perfecta cuenta de que tienen delante a un verdadero «facedor», sí, facedor, del lenguaje... Un comediante. ¡Un alto comediante! Porque es lo que un servidor se precia de ser y será hasta el último día de su vida, por más que me vean ahora en este estado, en este triste estado... Triste estado según como se mire. Porque llevo dentro de mí los maravillosos personajes que he ido creando por tierras hispanas y americanas; sí, sí, americanas... Podría contar ahora... tantas cosas..., tantas, pero ustedes, el público, no pueden perder tiempo, no... Digamos que, aquí donde me ven ustedes, un servidor de ustedes y de la lengua ha representado comedias con el gran maestro don José Tamayo, gloria de la escena española, con el grandísimo maestro don Adolfo Marsillach, ilustrísimo catador de los clásicos como son

mis amigos Lope de Vega y don Pedro Calderón de la Barca... Un servidor se ha codeao con otros comediantes, como fue el inmortal don José María Rodero, que paz haya, y con los felizmente reinantes en la República de Talia, doña Lina Morgan, doña Concha Velasco, don Sazatornil y doña Mara Recatero, por decir alguien... Pero lo que pasa, ¿verdad?, es que la sociedad socialista de consumo no es precisamente propicia hacia el arte en ninguna de sus formas o al menos en las formas por decir así clásicas, y eso hace que un servidor haya tenido que bajar unos peldaños para encontrarse en esta situación de mendicidad en la que me veo y en la que ustedes también se van a ir viendo, tal como andan las cosas de la alta política y de la economía no ya española, sino mundial, según pueden ustedes constatar a través de los medios de comunicación. Mendicidad. ¿Y qué? *(Se yergue ahora y adopta una postura muy achulada.)* ¿Qué tiene de malo la mendicidad? La mendicidad, aparte de ser general, porque todos mendigamos, poco o mucho..., la mendicidad tiene el toque ese sagrado y subrepticio..., *(Guiñando de nuevo el ojo.)* subrepticio, de la religiosa espiritualidad de mis antepasados... Porque en mí renacen, en nosotros renacen, esos gloriosos Lazarillos, esos Buscones, esos Escarramanes que constituyen jalones de gloria de nuestras letras y de nuestro arte imperecedero... ¡Mendigo, pero español!... ¡Mendigo con orgullo!... Mendigo monárquico... Sí, monárquico, y a mucha honra, porque un servidor siempre siempre se sentirá un fiel súbdito de su majestad don Juan Carlos I al que Dios dé muchos años de vida con tal de acrecentar la gloria que trae en sí con la de sus antepasados... *(Está erguido como el Cid Campeador, mirando al público con altanería.)*

Por si no les había dicho mi nombre, les digo que me llamo don Anastasio Campoy y procedo de linajuda familia noble de la sierra almeriense, sin mácula alguna de judío o moro... Y fui glorioso comediante en los corrales madrileños desde los tiempos de Lope de Vega y Calderón, compadres míos, hasta los del no menos glorioso don José María Rodríguez Méndez, que encarna en su genio el de los otros dos juntos... Sutil y noble pergeñador de lenguaje austero, que no florido como el de otros «cultiniparlos» que pudieran llamarse Antonio Gala, pongamos por ejemplo... Un servidor, don Anastasio Campoy, hijo segundo de noble familia hidalga, como les vengo diciendo, ha represen-

tado comedias y entremeses, autos, bululúes, sainetes por todo el ámbito de la geografía española y en la corte de nuestro señor el rey que Dios guarde..., *(Hace una gran reverencia cada vez que le nombra.)* rey que bien pudiera denominarse, por sus preciadas prendas, Carlos Invicto, Felipe o Alfonso, porque la sangre le hierve de todos y estos, y aun de muchos más, como gloria dieron a nuestra España..., gloria que, pardiez, no han de mermar los fementidos socialistas que por contraste nos gobiernan... *(Escupe y se queda mirando al público.)* Me van ustedes a perdonar... *(Se vuelve y orina de nuevo.)* Que en el Liceo me meo... Porque, porque..., ¿qué iba yo a decir? Ah, que un servidor de ustedes no precisa para nada grandes anfiteatros, grandes coliseos, ni grandes plateas para entregar su arte... Aquí en la puta calle, miren ustedes, cabe los grandes almacenes, no lejos de la Real Academia Española y bajo el divino cielo velazqueño de los madriles, pongo mi cátedra de comediante, mi academia de la Lengua, y me importa un bledo, sí, un bledo, que no pongan a mi disposición los teatros, reales teatros, que tuve en mi tiempo... Es más, casi prefiero lanzar mi verbo a este aire volandero para que se lo lleve por esos rumbos y surque los mares y arribe allende hasta los nuevos continentes que mis antepasados conquistaron para gloria de mi religión y de mi lengua. He dicho...

(Y si, dicho esto, se sienta y se queda arrebujado como un personaje velazqueño envuelto en sus holapandas. Decrece la luz y se oye una música de suaves vihuelas. Parece como si fuera a amanecer. Vuelve a despertarse ahora el bululú y, muy humilde, avanza hacia el público. Baja a la sala. Tiende la mano y va recogiendo las limosnas que el público le da y deberá darle siempre.)

Muchas, muchas gracias, moltes, moltes, grasies, muites, muites graças, eskarrikasco, eskarrikasco... *(Vuelve a subir al teatro haciendo grandes zalemas.)*

Señores, señoras, señós, donas, gachos, gachíes, payos, payas, tíos, tías...

(Al subir se echa mano a los riñones y se lamenta.)

Ay, lo que hay que penar para llevar el arte a los públicos en estos tiempos... *(Se vuelve ahora airado hacia el público.)* ¡No¡ ¡No es verdad! No me crean ustedes. Era fingimiento. Ficción era. Un servidor está ágil, juvenil, alegre, directo, telecomunicativo... *(Empieza a dar una serie de pataletas como si bailara las sevillanas y, efectivamente, no sólo las baila, sino que también las canta.);* Ole... Ea... Amos p'allá... «Viva Seviya y olé, / viva Triana... / Viva Triana...» Ole, ole, ole... *(Se detiene de pronto y dice.)* Es que un servió, no sé si se lo había dicho a ustede, sei de la mizma Seviya... ¡Y ole, de Serva la Barí!, como dicen lo flamenco... ¡Y ole!... Ojú, mizmamente acabo e llegá de la tierra e María Zantizma en er Ave... *(Recalcando.)* Er Ave... A-ve... ¡Vaya tela e tren corriendo... Vaya tela... Tela marinera... Digo... En un pa de horita, ea, de Zanta Juzta a la Puerta e Atocha... Digo... ¡Y ole!... «Viva Seviya y olé, / viva Triana...» Vivan lo seviyano... y seviyana...» Porque un servió, por si no me había presentao a ustés entoavía, se llama Manolo Carvo, ¡ele!..., pa servirles, y sei de la mizma Seviya... Sí, señó, Seviya... Na... Pero na... Y hay que ve cómo está Seviya... Cucha... Con la Ezpo y to ezo... Asuquiqui, tío, asuquiqui der güeno... Po eso, que le iba a icí que... ¿Qué le iba a icí yo? Ah..., sí..., que en er Liceo... *(Se vuelve y suelta de nuevo la orina.)* que digo... *(Volviéndose ya otra vez al público.)* Que vaya tela, que vaya tela y vaya progrezo y vaya to..., porque hay que ve, hay que ve lo que se ha modernizao mi Zeviya e mi arma dende que eztá ar frente er gobierno mi paizano Felipe... Na... Na por no icir na... Ojú... Vaya tela... Felipe, Felipe... ¿Po y mi compare Arfonzo?... Zi..., ¡Arfonso Guerra!... *(Encarándose con el público.)* Arfonzo Guerra, ¿qué paza?... ¿Paza argo?... ¿Eh? ¿Qué mira uzté? *(Señala a alguien del público.)* Zi, uzté..., uzté mizmo... Que paece que me eztá mirando de medio lao, como asín... Uzté, igo, leche... So fasha, que paece uzté un fasha... ¿Ez que me va uzté a negá lo modernisao que eztá er paí grasia a mi paizano der Pzoe? ¿Eh? ¿Ez que me lo va uzté a negá? ¡Que no, ea, que no...! Que e musho Felipe, mi paishano... Musho... Y no digamo mi compare Arfonzo Guerra... Con er que un zervió hiso teatro... Sí, sí..., no me mire uzté asín, que le eztoy iciendo la verdá... Amo que me quede muerto aquí ahorita mizmo zi le miento... En er teatro trabajé yo con mi paizano Arfonzo, con un grupo, vaya grupo y ole grupo... ¡Mediodía de Zevilla!... Ole... «Viva Zeviya y olé, / viva

Triana»... Y ezo e er que un zervió vaya y venga en er Ave eze... Vaya tren... Toma caztaña... Porque amo que... e un zueño, eze tren... que ze llama como ze tié que llamá... ¡Ave..., Ave!... Porque aunque uzté *(Señala otra vez al del público.)* ponga eza jeta de no creécelo, porque uzté e un fasha..., digo zi lo e... ¡No!, po no hay ma que vele... Aunque uzté lo niegue, la modernisasión de ezte paí e anorme... Mire uzté si mo hemo moernizao, que un servió, con se un gran cómico, ya no nesecita er teatro... Na... En la mizma rúa... Amo, en la puta calle, pa icilo de una ve, planta zu tenderete... ¡Y ya eztá!... Con la grasia e Seviyiya e mi arma y la protesión de mi paizano Felipe y Arfonzo, mire uzté la farta que mo jase zubí a un ecenario... ¿Te quié díi ya? Er ecenario: la rúa, er mundo, er mundo... titi, er mundo..., pa echá ar aire lo pregone de lo grande maetro der teatro uvierzá... Lope, Carderón, Tirzo, Esegaray, Benavente, Buero y Rodrigue Mende, ¿por qué no? Ea... ¿Que mo han echao a pedí? ¿Y qué? ¡Er cómico de verdá, er cómico fetén, po icilo asín, ziempre vivió pidiendo!... ¿No? Ea, po ezo... Y yo ahora, en nombre de lo que mo gobiernan, voy a peí lo mío... Ea... La voluntá...

(Y baja de nuevo al senado público tendiendo la mano a recoger las limosnas que el complaciente público deberá darle. El cómico hace grandes zalemas moriscas y da las gracias de nuevo en todas las lenguas patrias.)

Mucha grasia... Morte grasie... Muita Graça... Ezkarrikazko... Ojú..., qué roñozo zei uzté... Pero ele... ¡Viva Zevilla, Viva Triana y Viva Madri que e mi pueblo!... ¡Ea!...

(Vuelve al escenario. La luz decrece y él va sacando de la mochila que dejó en el suelo al empezar su monólogo diversas prendas, verdaderamente astrosas, auténticos andrajos de la púrpura. Una capa pringosa en la que se envuelve un sombrero chambergo grasiento con un par de plumas flácidas rojas y verdes. Una espada de madera que se ciñe con una faja de tela verde. Un collar de hojalata y lo que se pueda afanar por ahí... El tío se lo

pone todo muy bien, adopta posturas de gran actor, de jaque también. Mirando altivamente al público.)

¿Eh? ¿Qué paza? ¿Qué pasa?

(Si el público se riera, lo cual podrían muy bien suceder, el manflotesco cómico se enfadará.)

¿Qué pasa? ¡Se acabó el cachondeo! *(Ahora habla ya sin acento andaluz.)* ¿Quién se ríe? El facha ese, seguro... Ése es el que se ríe... Por vida... que como eche mano yo a mi tizona y baje, no le va a quedar al tal menguado ganas de reírse si no es de la mona del Retiro..., o de la mona del Congreso..., o de la mona del Ministerio de Cultura, leche, leche, leche... ¿A ver qué va a pasar aquí? Que esto es una cosa mu, pero mu, seria... El teatro español de verdad, pero de veritatis, y no el que está en la plaza Santana... *(Como Napoleón.)* Yo soy el teatro español... *(Y da la vuelta al ruedo con arrogancia de torero después de una gran faena. Incluso suena un pasodoble.)*

En mí, en mí se encarna toda la gloriosa tradición del teatro español a través de sus no menos gloriosos intérpretes... *(Inicia un aplauso.)* Un aplauso para el teatro español, nuestro teatro español de ayer, de hoy, de siempre... *(El público, suponiendo que tenga la educación que se le supone, deberá aplaudir, aunque al actor siempre le parecerá poco.)* Vamos, adelante, más aplausos... *(El público es de suponer que acabe dejando de aplaudir.)* Yo soy el gran intérprete del teatro español de ayer, de hoy y de siempre... Un aplauso para el gran intérprete del teatro español... *(Ídem.) (Adopta ahora diversas posturas y mima diversas agrupaciones que el atribuirá a las figuras que va enumerando.)* Yo soy, señores, el divino Isidoro Máiquez..., *(Se quita el sombrero y barre con las flácidas plumas el polvoriento suelo.)* que a su vez desciende del misterioso Juan Rana... *(Adopta postura de jaque.)* Y yo soy ese Juan Rana, el gran animador de los corrales de comedia madrileños... Y yo soy don Julian Romea... *(Se estira como un caballero decimonono.) (Se quita el chambergo y se pone una chistera medio aplastada que sacó de la mochila.)* Y yo soy el gran Vico..., y el aristócrata don Fernando Díaz

de Mendoza..., y don Emilio Thuiller..., y don José Valero..., y Pepito Tallaví, el melillero... *(Pone ahora voz cavernosa para decir:)* Y soy el gran don Enrique Borrás... *(Pone los ojos en blanco e imita a Borrás en su célebre cuarteta.)* «Al reeeey... la viiiiida y la haciendaaaaa se han de dar..., *(Casi a gritos, como si le arrancaran el corazón.)* pero el honooooooooor... es paaatrimonio del almaaaaa..., ¡¡y el almaaaaa sssólo es de Dios!!...» *(Acalla los aplausos del público con un gesto enérgico.)* Y también soy don Ricardo Calvo... *(Y para decirlo pone voz cascada.)* y don Rafael Rivelles..., *(Esto lo pronuncia con voz meliflua.)* y, en fin, soy todos, todos los grandes actores que en el mundo de la farándula fueron... Soy el farandul de los faranduleros... Todos los que han desfilado sobre las candilejas, bajo los focos, los cañones... y las bombas. Sí, sí..., soy don Alfonso Muñoz, don José María Rodero, don Alberto Closas, don Adolfo Marsillach, don Paco Rabal, don, don... ¡narices!... Ése soy yo... ¡Y viva siempre el teatro español!... *(Baja la luz ahora hasta casi oscurecer la escena.)*

(El actor ahora se adelanta al público y saca la chorra.) Y por eso decía que en el Liceo me meo... Porque..., *(Ante la actitud airada del público, se echa atrás y se guarda la esa.)* porque no hace falta un suntuoso palacio para honrar a los clásicos y a los románticos y a los modernos y a la madre que los parió a todos... He dicho... *(Vuelve a quedarse en actitud napoleónica frente al público. Incluso con un gorro del tal con sus dos puntas. La mano en el pecho.)*

Y hoy..., hoy... *(Habla ahora muy lentamente. Sus palabras van cayendo grávidas y densas como en lo hondo de un pozo.)* Hoy, en este *(El actor habrá de citar la fecha en que se esté llevando a cabo la representación.)* día del año de *(Ídem para el año.)* gracia de aquí en Madrid, capital universal de la Lengua Española, bajo el cielo que conserva la respiración de tantos y tantos gloriosos artistas de la lengua, bajo el reinado del muy serenísimo señor nuestro don Juan Carlos I de Borbón, que Dios guarde siempre..., *(Casi se ha puesto de rodillas.)* y en nombre de todos los farandules de este tiempo socialista, en que ha florecido tan hermosa pléyade de artistas, iluminados todos por la pira hermosa del Gran Teatro del Liceo en que me..., me... *(Se detiene a sí mismo con un gesto de su mano derecha, convirtiéndose casi en el caballero de la mano en el pecho del cuadro.)* Hoy digo, en nombre del teatro

español, quiero rendir homenaje, homenaje de respeto, cariño y admiración, a esa sin par dama que nos rige desde el trono –así lo quisiera yo, trono– del Ministerio de Cultura, esa sin par Dulcinea que adviene a ofrecernos su sin par sonrisa, su sin par belleza, su sin par salero... ¡Olé!... Y voy a honrarla cual se merece, dedicándole un madrigal de mi admirado poeta don Luis de Góngora y Argote, al que serví en otros tiempos no tan gloriosos como éste, pero sí auríferos como siempre. Ofrendar quiero a la sin par Dulcinea, en nombre de todos mis compañeros, aquí, en la mismísima puta calle donde hemos venido a refugiarnos frente al acoso de la infame televisión, por ejemplo, quiero ofrendarle este ramillete de sencillas y castas violetas...

(Y sí sí, saca del macuto una ramillete lacio de tristes violetas. Queda la escena a oscuras. Un rayo de lo alto ilumina al farandul. Se oye muy leve, lejana, la canción imperecedera de la «Violetera», tal vez cantada por la gran Montiel.)

A mi admirada dama de la Corte, su humilde Quijote.

(Tendiendo el ramito de violetas hacia la luz.)

De la florida falda,
que hoy de perlas bordó el alba luciente,
tejidos en guirnalda...
traslado estos jazmines a tu frente...
que piden, con ser flores,
blanco a tu pecho y a tu boca olores...

Guarda de estos jazmines
de abejas era un escuadrón volante,
bronco, sí, de clarines,
mas de espadas armados de diamante...

Púselas en huida
y cada flor me cuesta una herida.

Más, Carmen, que he tejido
jazmines a tu pelo ensortijado,
y más besos te pido
que abejas tuvo el escuadrón armado...

(Hermosa reverencia. Gran estruendo de luz y de música. El actor pudiera terminar ofreciendo una florecita a las señoras y recogiendo la última limosnita.)